

Tonos musicales...tonos de colores Aproximación crítica a la obra plástica de Gustavo Colina

FERNÁNDEZ, Mario*

*Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Fundación Misión Cultura
Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt
potreritos_62@yahoo.com / orcid.org/0000-0001-8076-5203
Venezuela
<https://doi.org/10.5281/zenodo.4606120>*



*Técnico Superior en Tecnología Agropecuaria, Licenciado en Comunicación Social, Ingeniero en Agroalimentación, Magister en Desarrollo Cultural Endógeno. Docente Agregado de la Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt, Tutor de la Misión Cultura, miembro de la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela (SACVEN). Autor de diversos libros, ensayos y artículos periodísticos. Posee certificado como Investigador PEII otorgado por el Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (ONCTI). Planificador y proponente de proyectos como “Economía para la vida”, “Cada patio una Barbacoa”, “Hortalizas del Lago”

**Gustavo Colina Músico, pintor, poeta, escritor, productor musical, concertista solista, compositor. Nacido en Punto Fijo, estado Falcón, Venezuela. Discípulo de los maestros Felipe Amaya, Freddy Reyna, Gerardo Soto y Santiago Hernández. Es Licenciado en música egresado de la Universidad Católica Cecilio Acosta (Maracaibo, estado Zulia, Venezuela).

Rasgar las cuerdas de un instrumento musical, es algo así como tomar cinco pinceles los dedos de la mano y con la otra, la paleta de colores.

Más allá del lugar común presente en las líneas anteriores, la pintura y la música se acercan en el ritmo y la armonía que ambos actos creativos requieren. Sin querer traer a juro nada, el universo simbólico que encierran las metáforas de pentagramas y cromáticas se reflejan en ondulaciones de luz y sonido, frecuencias vibratorias percibidas por ojos y oídos.



Ahora bien, cuando el que asume las artes plásticas es efectivamente y al mismo tiempo un músico, la orquestación acuñada en su estructura cognitiva con toda su matemática melódica, no cuesta nada llevarla al lienzo. Algo así pasa con Gustavo Colina, quien suelta el cuatro, la guitarra o la mandolina, para agarrar el pincel, el creyón o la plumilla, en una plurisensorialidad que convierte corcheas, fusas, redondas, blancas, negras, silencios y sonidos, en líneas, volúmenes y colores.

Su esquema cromático aborda casi con desvelo evocaciones de una ruralidad de viejas casas entregadas a la intensa luz solar de su estado natal, Falcón, en la que aparece la cotidianidad campesina venezolana y donde todos son protagonistas: divdivis, taques, cujies, chivos, arrieros, perros, gallinas, puercos, asnos, en una puesta en escena donde se dramatiza todo.



Esa micro-geo-historia, siempre presente en la pintura de Gustavo Colina, no sólo viene de sus pupilas y memorias, sino la de sus padres y abuelos devenidos en cuentos y leyendas que, el artista plástico lleva a distintos formatos y soportes, como quien ofrece una aromática taza de café recostado a la cerca del corral, escuchando el canto de chuchubes.

Algunas veces, Colina, trae a uno de sus personajes: el chivo, por ejemplo. Transmutándolo, como queriéndolo ocultar, pero al mismo tiempo dejando develar algún rasgo, en un intento de acertijo para quien se detiene frente a su obra. En otras ocasiones, invita a meterse en sus cuadros a seres indescriptibles que se mueven en otros planos, entre lo fantasmal y lo alienígena, en una suerte de ciencia-ficción y mito..